

EL TRASTORNADO LENGUAJE ADOLESCENTE

Enrique Tenenbaum

para *Actualidad Psicológica*

¿Hola, quién habla?

Mucho antes que Freud inventara el psicoanálisis, ya los psiquiatras y los poetas se habían dado cuenta que la relación al lenguaje suele ser conflictiva para todo hablante. Jules Séglas, a fines del 1800, enseñaba en sus clases los diversos tipos de alucinaciones, entre los cuales prestaba el mayor interés a la alucinación psicomotriz, a la que atribuía como origen un trastorno en la función del lenguaje.

Lo interesante que expone Séglas, aunque no deja de ligar la alucinación a lesiones en zonas específicas de ciertos centros cerebrales, es que algunos “alienados” no experimentaban alucinaciones auditivas escuchando sonidos, “oyendo voces” como suele decirse, sino que por intermedio de maquinarias -los aparatos de influencia- otros expresaban sus ideas a través de sus propios órganos fonatorios; da un ejemplo sumamente claro, característico de su época, de alguien que aseguraba que le habían instalado un teléfono en la boca, a tal punto que la paciente le decía: “habla por mi lengua, pero esa no es mi voz, mi voz no es así de chillona”.

El *parlêtre*, como lo llama Lacan, es en consecuencia tanto más un ser hablado que un ser hablante, y lo es claramente en estos casos en los que aquel que habla no reconoce la propiedad de lo que por su lengua se hace sonar, de lo que por su boca se hace decir; en definitiva: no se reconoce autor de sus dichos. ¿Pero no es acaso esto lo que le ocurre a todo aquel que por hablar resulta sujeto de una formación de l'inconsciente, aquel que mete la pata, que equivoca, que comete un lapsus? “¿Cómo he podido soñar semejante cosa?”, comenta Freud que se reprochaba una mujer madura que en sueños ofrecía sus servicios de amor a los soldados, entre los que también estaba reclutado su hijo. “No sé por qué dije lo que dije”, ¿no es acaso un reiterado tópico en los dichos de los analizantes?

No es sencillo decidir quién habla cuando el hablante no se reconoce en aquello que dice. Freud llamó a esto l'inconsciente, y lo expresó de este modo: “todos los actos y exteriorizaciones que

yo noto en mí y no sé enlazar con el resto de mi vida psíquica tienen que juzgarse como si pertenecieran a otra persona y han de esclarecerse atribuyendo a esta una vida anímica”.

La cuestión de la otra persona, la otra persona que habla en el hablante, el discurso del Otro -en términos de Lacan- también ha sido tratada por los poetas; uno de ellos, Rimbaud, afirmaba que “Yo es otro” (Je est un autre); lo escribió en su conocida carta de 1871:

“Es falso decir: yo pienso: deberíamos decir: me piensan. — Perdón por el juego de palabras. Yo es otro. Tanto peor para la madera que se descubre violín, y malditos los inconscientes, que pontifican sobre lo que ignoran por completo!”

No nos apresuremos a interpretar que esta frase ha sido producto de una inspiración pasajera del poeta: en otra carta, escrita pocos días después, vuelve a insistir con la cuestión:

“Porque yo es otro. Si el cobre se despierta convertido en corneta, la culpa no es en modo alguno suya”

Esta ajenidad del Yo, que no solamente se refiere a la alienación en la imagen, al hecho de reconocerse no tanto en la causa material, como lo sería la madera o el cobre, sino en la causa formal, como lo es el violín o la corneta, se suma a la particularidad del hablar del poeta, nada menos que del poeta que es un artesano de la lengua; el poeta reconoce que hay en su pensamiento algo que le es ajeno, algo que proviene de otro lugar: el Yo, más que pensar, es pensado.

Esta función parasitaria del lenguaje la encontramos así subrayada desde los albores de la clínica psiquiátrica de la que los psicoanalistas somos deudores, pero también a partir del modernismo en la poesía, una poesía a la que también debemos reconocer su antecendencia, como lo señala Lacan: los poetas se nos adelantan, a menudo no saben lo que dicen, pero lo dicen antes que los demás.

Otro poeta, más cercano en el tiempo, Paul Celan, afirmaba que la poesía -ya no el poeta- adelanta, quema etapas. Daremos pues lugar a los poetas y a la poesía para mejor abordar la problemática del lenguaje en el adolescente, veremos enseguida por qué.

La tarea adolescente y sus facetas

Lo que antecede sólo pretende introducir una cuestión, que es doble, en relación a los problemas del hablante con la lengua; la primera es la cuestión de la extranjería de la lengua, una extranjería que es una suerte de denominación de origen, una marca de origen, pues nacemos infantes, es decir: sin habla. El habla nos es legada por los otros -se la llama lengua materna-, y esto nos conduce a la segunda parte de la cuestión: recién adquirimos una representación de la unidad del cuerpo por aquello que Lacan llamó el estadio del espejo: allí se produce el reconocimiento del cuerpo como uno, un cuerpo que se muestra consistente sólo en la imagen en el espejo, y sólo a partir de una condición: la coalescencia de la mirada y de la voz de quien encarna en esa ocasión el lugar del Otro. El signo de asentimiento de ese otro en el lugar del Otro, aquel que dice “sí, ese sos vos”, es lo que precipita aquello que, con Freud, podemos denominar un nuevo acto psíquico.

La lengua, entonces, de entrada, nos resulta ajena, y por lo tanto es necesario apropiarse de ella; el cuerpo -por la inmadurez neurológica- nace fragmentado para nuestro sensorio, por lo que es necesario apropiarse de la imagen de unidad que el espejo adelanta.

Por cierto que hay ocasiones en la vida en la que estas articulaciones entre cuerpo y lengua se ponen a prueba, y a veces nos encontramos en la clínica con situaciones en la que se asistimos al riesgo de que se produzca una desarticulación de las mismas.

Un momento particular en la vida de todo hablante, momento en el que la representación del cuerpo propio requiere una sostenida puesta al día, y en el que el trabajo con la lengua se hace particularmente dificultoso, es lo que se llama la adolescencia.

La adolescencia no es un término freudiano, Freud se remitió a trabajar sobre el tiempo de la metamorfosis corporal que se llama la pubertad. El estallido hormonal que produce cambios corporales reconocibles tanto en el desarrollo de los caracteres sexuales, primarios y secundarios, como en el tamaño y las proporciones del cuerpo, llamó la atención de Freud desde muy temprano. Y puesto que la pulsión es una medida de la exigencia de trabajo que se le impone a lo psíquico a causa de su trabazón con lo corporal, tal como Freud la define en su texto de 1915, las metamorfosis de la pubertad transforman necesariamente, por la vía de la pulsión, todo el andamiaje simbólico e imaginario, aquello que Freud llamó el aparato psíquico.

Lo que hoy llamamos adolescencia comporta un trabajo que se le exige al hablante a partir de estos cambios corporales, pero también, y especialmente, por cuanto por esos cambios la sexualidad entra a jugar de otra manera, con otras exigencias, a causa de lo que se llama la madurez genital, esto es: la madurez del cuerpo, un cuerpo ahora apto para la reproducción de la especie, pero puesto en una relación desacomodada con un simbólico conmocionado y aún en tránsito hacia definiciones que requieren de otro tiempo, de un tiempo que no es el que deciden las hormonas.

Esto acontece así porque, por un lado, los efectos de la pubertad sobre el cuerpo hacen que éste ya no sea el de un niño, pero tampoco es un cuerpo que haya terminado de crecer, y por otro lado las nuevas sensaciones que este cuerpo produce y que suelen ser de una intensidad no conocida hasta entonces, de una intensidad desbordante, ambos lados exigen un trabajo que el adolescente no elige hacer, pero al que se encuentra obligado.

Este trabajo tiene varias facetas, una de ellas es precisamente provocada por el desajuste de la representación de la imagen del cuerpo, un cuerpo que no cabe en las medidas en las que la latencia lo mantenía, un cuerpo que crece de golpe, da el estirón -como se dice-, transpira, se desarrolla, toma otras formas, la distribución del pelo se modifica, la voz se transforma, en fin: se hace necesario un nuevo espejo, se hace necesario volver a pasar por un estadio del espejo; pero en este estadio nuevo, el signo de asentimiento no es tan sencillo de ubicar: ocurre tanto que el adolescente se desconoce cuanto que los adultos también lo desconocen: “ya no es mi bebé, pero no sé quién es” decía consternada una mujer que asiste a la desfiguración del cuerpo de su hijo, a la pérdida de esa figura infantil que había tan prolija y sesudamente falicizado.

No siempre los padres están en condiciones de acompañar con acierto esta caída de las identificaciones, ya que están de alguna manera concernidos por las mismas -como lo evidencia la alusión recién referida. Por suerte para el adolescente, hay otros, otros en posición de ofrecer la posibilidad de ir reconstruyendo la representación de su imagen, y esos otros son tanto los adultos allegados a él -aquí hacen su aparición los tíos, los primos mayores, los padres de los amigos, los profesores-, como los otros adolescentes, aquellos que conforman el grupo o los grupos de los que el adolescente participa.

Es de destacar que este nuevo pasaje por el estadio de un espejo se arma en una escena con los otros, pero esos otros no están en el espejo sino en la realidad de la vida. Por eso es tan

importante el modo en que el adolescente participa de los grupos, y es tan importante que los analistas no desconozcan cuáles son las particularidades de cada forma de agrupamiento, entre ellas las que Freud especifica al referirse a las formas de identificación -en *Psicología de las masas y análisis del Yo*-, y las que Lacan tematiza a partir de su artículo sobre el tiempo lógico. El modo en que el adolescente se identifica al grupo suele ser un dato clínico relevante.

En cuanto a la segunda faceta, la de las identificaciones que resultan de la declinación del Complejo de Edipo, solemos afirmar que -si todo ha salido bien- el sujeto tendrá sus cartas en el bolsillo para cuando le sea necesario ponerlas a jugar. Pero ocurre que nadie está preparado para el juego que sale a jugar, puesto que han cambiado las reglas y los jugadores, y han cambiado súbitamente. Los adolescentes suelen tener inventiva para colocar sus cartas en los lugares disponibles, pero no siempre ponen las cartas adecuadas, no siempre usan las cartas que hacen avanzar el juego, o no siempre lo hacen avanzar a su favor; es lo que suele hacer que el adolescente esté -como se dice un poco impropiamente- en permanente acting out, moviendo sus cartas de aquí para allá.

Tomemos nota que poner a jugar las cartas de un juego para jugar otro juego implica una operación que, si es eficaz, resulta metafórica. Una carta en lugar de otra, como un significante en el lugar de otro, eso es la fórmula clásica de la metáfora. Es así que, si las identificaciones edípicas han resultado favorablemente resueltas, funcionará la metáfora, la función metafórica del Nombre del Padre habrá sido convenientemente transmitida, y el andamiaje simbólico / imaginario estará en condiciones de hacer frente a la irrupción del real que está en juego en las metamorfosis de la pubertad.

Pero los nuevos impulsos, las nuevas sensaciones, como tales, no tienen representación. “No sé qué me pasa” es una constante en el decir adolescente, las sensaciones -por novedosas- aun no tienen nombre, están a la espera de ser nombradas. El adolescente es una especie de Adán en el jardín de las delicias -o de los padecimientos-, y tiene la tarea de nombrar, de nombrar lo que le pasa, pero tiene que nombrar con otros nombres que aquellos que le fueron donados por la lengua materna. Tarea no fácil, puesto que se trata de un nombrar en el abismo del pecado, puesto que es ponerle nombre a la presentación renovada de sus desnudeces.

Una tercera faceta, que se da con singular constancia en la adolescencia, es la deformación de la lengua que hablan, deformación producida por la aparición de términos con los que intentan diferenciarse de cómo se dicen las cosas en el mundo de los adultos.

Es por ello que con el lenguaje del adolescente asistimos a la constante renovación del código, a deformaciones más o menos reguladas del modo de hablar; la lengua se actualiza permanentemente, cuanto más rápido transcurren los tiempos que corren, más rápido se actualiza la lengua. Podríamos apostar que acertaremos la edad de un adulto si le preguntamos por las palabras que caracterizaron su adolescencia. Del mismo modo, cuando volvemos a ver películas realizadas en décadas pasadas es frecuente que nos encontremos reconociendo palabras que estaban muy de moda en otros tiempos y que han caído en el desuso, cuando no en el olvido. La época habla en lengua adolescente, se apropia de sus nuevos términos y los incorpora al acervo común. Luego, como toda novedad, o bien permanecerá -y será un clásico de la época- o se archivará -y restará como anacronismo.

Esta autoría adolescente respecto de la actualización de la lengua obedece, a mi entender, y la clínica psicoanalítica así lo revela, a un hecho que excede tanto a la sociología como a la lingüística, y que habremos de ponerlo a cuenta de la historia, entendida como los encuentros - y los desencuentros- de cada cual con los hechos de estructura; en este caso se trata de un destiempo entre la madurez biológica del cuerpo y la inmadurez simbólica, lo que se traduce en la exigencia de trabajo que los cambios en lo real del cuerpo obligan a lo simbólico, y por ende a la lengua, que es también un cuerpo: Lacan llamaba a la lengua -así escrito- el cuerpo de lo simbólico.

¿Pero es sólo el adolescente el que asume esta exigencia? ¿Acaso los poetas no se toman el mismo trabajo, el trabajo de torsión y distorsión de la lengua, el trabajo de producir nuevos efectos que escapan al sentido, y al sentido común? Sí, y lo que causa este trabajo es siempre un real que irrumpe, por lo que haremos homólogo este esfuerzo adolescente al oficio poético.

¿Conoce alguien algún adolescente que no haya escrito poesía, aunque sea por un breve lapso?

La producción de neologismos y el trastorno en el lenguaje

Tomado de este modo, el trabajo con la lengua es lo que realiza por fuerza el adolescente, por oficio el poeta, por práctica el analizante, y por necesidad quien padece una psicosis en el tiempo de desencadenamiento.

¿Qué es lo que liga a estas situaciones en apariencia tan disímiles?

Tomemos como orientadora una situación que produce un suceso inefable y que obliga a los hablantes a ponerle nombre a lo inexpresable que sucede, a lo inesperado que ocurre. En un libro documental y testimonial, de Svetlana Alexievich, *Recuerdos de Chernóbil*, la autora entrevista a un grupo de pescadores que ante la explosión en la central nuclear esperaban que en la radio dieran instrucciones acerca de cómo debían proceder ante los efectos de la radiación. No escucharon nada acerca de eso, pero notaron que, cuando cavaban en la tierra para hacerse de las lombrices que solían usar como carnadas, las lombrices se habían enterrado tanto y tanto que no podían hallarlas; ellas “sabían” lo que hacer; en cambio, los pescadores -paralizados- seguían buscando qué palabras usar para describir lo que pasaba. Esa parálisis, esa sideración, es propia de la irrupción de un real, como también ocurre cuando se produce la detención de las asociaciones en un análisis por la irrupción de un olvido, o de un lapsus. Todo queda detenido, en suspenso, hasta encontrar el modo de reanudar el habla, de recuperar el habla.

En otro momento la escritora relata que la terminología en uso, la que se escuchaba en ese tiempo para referirse a la catástrofe, casi no se distinguía del léxico militar, y las acciones de socorro casi no se distinguían de las de la guerra, por la presencia del ejército, las ambulancias, los periodistas.

La lengua no tenía cómo decir lo que ocurría, y entonces recurría, mientras tanto, al léxico militar. Sucede que esa lengua había sido atacada como órgano, como si fuera también un órgano blanco de la radiación: la lengua debió reinventarse para introducir nuevos términos que permitieran referirse a la nueva y horrorosa situación. La palabra radio-nucleótido, por ejemplo, pasó así a formar parte de un nuevo código compartido.

Ese movimiento de invención, de invención de un neologismo que permita hacer pasar por medio de la lengua, por medio de una modificación en la lengua, lo que la irrupción de un real desencadenado ha forzado en ese mismo órgano que la lengua es, la lengua que es el patrimonio común de los hablantes, nos orienta acerca del trabajo del poeta, pero también y sobre todo, nos

orienta acerca del trabajo del adolescente para ponerle nombre a esas sensaciones nuevas, inéditas, que lo atacan -aunque sea con placer- desde la renovada artillería corporal.

Aquí se hace necesaria una precisión clínica de vital importancia, acerca de los significantes neológicos.

Es tarea de los analistas poder discernir entre, por un lado, un adolescente que emplea neologismos como medio de intervenir la lengua, y en ese lado distinguiéndose de la lengua de sus padres y también configurando un nuevo código con su grupo de pertenencia, y por otro lado un adolescente que está en dificultades para hacer frente a la embestida de los cambios corporales propios de la adolescencia y en el que los neologismos resultan un modo desesperado de reparación del dañado tejido de la lengua.

Es por este sesgo que entendemos que la desagregación del lenguaje en la esquizofrenia sea más característica de aquellos episodios -los llamados brotes- que ocurren durante la adolescencia, y esto debido justamente al particular trabajo adolescente sobre la lengua.

En efecto, distinguimos en el lenguaje bizarro o neológico de los adolescentes un modo de atacar el tejido o la malla de la lengua de los adultos, uno de los medios por los cuales la exogamia comienza a hacer su trazado. Por medio de esta subversión en el tejido heredado de la lengua, los adolescentes también se identifican a los grupos: estos neologismos operan a la manera de contraseñas que deciden la pertenencia al grupo, la entrada o admisión al grupo, y además permiten una tarea que también se llama identificatoria: permiten identificar a qué grupo pertenece un adolescente según los pormenores de la lengua que habla. Estos neologismos -que no son necesariamente palabras nuevas o inventadas, pueden ser usos nuevos de esas palabras- pasan al lazo social, entran al mercado de las significaciones. No son los neologismos del padecimiento esquizofrénico.

También los poetas producen neologismos. El forzamiento de la lengua que producen -y es en lo que se emparentan a la tarea del analizante- hace trabajar al significante contra la significación, contra la referencia que estigmatiza el signo, y así se estiliza la lengua, produciendo nuevos significantes -otra vez: el significante nuevo no sólo es aquel que se inventa, sino el que produce otras significaciones que las establecidas. El poeta es artífice de un trabajo sobre la lengua a propósito del sentido. Sus neologismos y metáforas también pasan a la lengua corriente una vez

que el efecto poético / metafórico se ha producido: como el chiste, nunca una metáfora poética impacta dos veces con el mismo vigor -a menos que, también como el chiste, se haya olvidado.

En cambio, el neologismo esquizofrénico tiene otra función, que es la de intentar suturar con el colapso de las palabras el tejido de la malla del lenguaje que se ha desgarrado. Cuando no se tiene la disponibilidad de la sustitución significativa para reparar metafóricamente el desgarramiento que implica el retiro de la realidad -tal como Freud lo ha descrito para las psicosis- el parche con el que se intenta la reparación suele hacerse con un enjambre de palabras; pero en esta situación estas palabras, estos significantes, pierden su característica discreta -el significante es un elemento discreto diferencial del lenguaje, según Saussure- para colapsar fusionándose, amalgamándose en unidades nuevas, solidificadas -como también ocurre con las llamadas holofrasas-.

Este colapso hace que el significante pierda esa otra cualidad, que es la de representar a un sujeto para otro significante, esto es: el neologismo así formado no hace lazo, no produce doble sentido, no convoca ninguna empatía; es lo que Lacan llamara lo desabonado de l'Inconsciente, las ocurrencias y chistes que no le hace cosquillas a nadie.

Distinguir entonces los neologismos que pasan al lazo social, que entran en la cadena asociativa, que permiten la identificación al grupo, que permiten situar la pertenencia a tal o cual comunidad o a tal o cual barra de adolescentes, y que son los neologismos que luego podrán devenir un patrimonio de una época, es una tarea indispensable para el analista que escucha a adolescentes que hablan de modo algo bizarro, en código, a veces casi "en lengua".

Distinguirlos de las producciones de neologismos que hacen cadena, que no se comparten - y es claro cuando el grupo aísla al adolescente cuya producción neológica no apunta al doble sentido ni hace lazo- es una tarea fundamental para no equivocarse el rumbo, para no diagnosticar con ligereza que se trata de una psicosis cuando un adolescente se expresa desafiante de un modo un tanto bizarro, pero también para no dejar pasar la chance de frenar un desarrollo psicótico cuando se presenta tempranamente en términos de un lenguaje que comienza a trastornarse.